

PARTIDOS Y PARLAMENTO EN GRAN BRETAÑA: 1987

Por GEOFFREY K. ROBERTS

SUMARIO

I. LA SITUACIÓN DE LOS PARTIDOS.—II. LAS ELECCIONES GENERALES.—
III. LAS CONSECUENCIAS DE LAS ELECCIONES PARA LOS PARTIDOS.—IV. LA
AGENDA PARLAMENTARIA.—V. PROCEDIMIENTO Y ORGANIZACIÓN PARLAMEN-
TARIAS.—VI. CONCLUSIÓN: ¿UNA NUEVA CRISIS DEL SISTEMA PARLAMEN-
TARIO.

I. LA SITUACION DE LOS PARTIDOS

A comienzos del año evidenciaban las encuestas de opinión que el Partido Conservador poseía una pequeña ventaja, mas asimismo indicaban que el resultado probable de las elecciones generales, que se anticipaban para 1987, sería que el partido no obtendría una mayoría de escaños y, en consecuencia, probablemente habría un «Parlamento oscilante» (*hung Parliament*) (1). Los conservadores aumentaron su ventaja durante los primeros meses de 1987, de tal forma que en mayo ostentaban una ventaja del 13 por 100 sobre los laboristas (2) —alentando a la primera ministra a convocar

(1) *The Times*, 2 de enero de 1987. *The Guardian*, 15 de enero de 1987, publicaba el resultado de un muestreo Marplan, por ejemplo, que mostraba un apoyo para los conservadores de un 38 por 100; laboristas, 36 por 100, y Alianza, 23 por 100.

(2) Por ejemplo, en marzo, una encuesta Mori indicaba un apoyo para los conservadores de un 41 por 100; laboristas, 32 por 100, y Alianza, 25 por 100 (*Sunday Times*, 15 de marzo de 1987), y en mayo la misma organización estimaba que el apoyo de la opinión pública para los conservadores era de 44 por 100; laborista, 31, y Alianza, 25 (*Sunday Times*, 3 de mayo de 1987). En abril, una encuesta Gallup indicaba una mayoría parlamentaria para los conservadores de 78 escaños, basada en un apoyo para los

elecciones en junio, mejor que en octubre, o con preferencia a esperar hasta 1988—. En mayo, las elecciones locales confirmaron que el Partido Laborista estaba perdiendo el apoyo que había obtenido en 1983. El 10 de mayo, la señora Thatcher celebró una reunión con sus consejeros políticos más cercanos y, como consecuencia de la misma, decidió solicitar de la reina la disolución del Parlamento y convocar elecciones generales el 11 de junio.

A pesar de que la Alianza (la combinación electoral de los partidos Liberal y Socialdemócrata), en un pequeño número de encuestas celebradas en abril se había nivelado, o mostrado ligeramente por encima del Partido Laborista, ello no resultaba una postura muy alentadora con respecto al Partido Conservador. Sin embargo, sus líderes esperaban que se repitiera la situación de 1983, cuando experimentaron un tardío aumento a su favor en los días finales de la campaña de las elecciones generales, lo cual podría permitir el establecimiento de un «equilibrio de poder» entre los partidos Conservador y Laborista en el caso de que ninguno obtuviera una mayoría absoluta. Las dos elecciones parciales celebradas a lo largo del año daban un gran apoyo a tales esperanzas. En Greenwich (Londres), un escaño que en las elecciones anteriores habían ocupado los laboristas con una amplia mayoría se convirtió en un escaño de la Alianza, con un asombroso desplazamiento de los laboristas hacia la Alianza (3). Este era el cuarto escaño que la Alianza arrebató a otros partidos en las 15 elecciones parciales tras las generales de 1983 (los laboristas obtuvieron un solo escaño en ese período) e incrementaron su porcentaje de voto en 14 de esas elecciones parciales —en 12 de ellas, en más de un 10 por 100—. Únicamente en una de esas elecciones parciales no obtuvo la Alianza el primero o el segundo puestos. En marzo, el candidato aliancista mantuvo el escaño en las elecciones parciales de Truro, con una mayoría incrementada (4). Las elecciones parciales tras las generales de 1983 habían ofrecido los siguientes resultados: Alianza, el 39 por 100; conservadores, el 30 por 700; laboristas, el 28 por 100. Tales estadísticas podían casi justificar la exclamación de David Steel, el líder liberal, de que la Alianza era un «equipo para la victoria» cuandoquiera que se celebraran las elecciones generales (5).

conservadores de 40,5 por 100; laboristas, de 28, y la Alianza (en segundo lugar), de 29 (*Daily Telegraph*, 16 de abril de 1987). En enero, el sondeo Gallup había mostrado una ventaja de los laboristas sobre los conservadores de un 5 por 100.

(3) Los resultados (porcentajes de las elecciones de 1983 entre paréntesis): Alianza, 52,9 (25,1); laboristas, 33,8 (38,2); conservadores, 11,1 (34,8).

(4) Los resultados (los porcentajes de las elecciones de 1983 entre paréntesis): Alianza, 60,4 (57,3); Conservador, 31,6 (38,1), y Laborista, 7,1 (4,5).

(5) *The Guardian*, 28 de marzo de 1987.

El Partido Laborista tenía escasos fundamentos para mostrarse optimista. No había nada satisfactorio en las encuestas de opinión o en los resultados de las elecciones parciales o locales, donde el partido había obtenido peores resultados que en las elecciones de 1983, precisamente los peores resultados en unas elecciones generales de la posguerra (6). Las esperanzas del partido descansaban en su líder, señor Kinnock, pero las encuestas mostraban que la estima hacia su liderazgo estaba en declive: en marzo, por ejemplo, una encuesta indicaba que sólo un 30 por 100 de su electorado estable se mostraba satisfecho de su liderazgo (7). Peor aún, el partido parecía fracasar en aumentar los niveles de apoyo, especialmente en sus «escaños blanco» (*target seats*): aquellos que habían de ganar a los conservadores si querían lograr una mayoría absoluta en las elecciones generales (8). El candidato laborista únicamente consiguió mantener un escaño en West Midlands en marzo, en unas elecciones parciales para el Parlamento europeo, y su imagen cada vez resultaba más perjudicada por los conflictos entre las fracciones «izquierdistas» y «moderadas». El antiguo primer ministro, señor Callaghan, no contribuyó a mejorar esa imagen debido a su pública desaprobación de la política oficial del partido sobre desarme nuclear unilateral.

Una serie de cuestiones estratégicas perturbaron al Partido Laborista. Estaba en un estado de crisis financiera permanente y sólo podría equipararse en gastos para la campaña electoral del próspero Partido Conservador en las elecciones generales si los sindicatos aportaban, al menos, cinco millones de libras esterlinas en donaciones extraordinarias. Confiaban en conseguir el voto «étnico» en muchos escaños (incluyendo 29 circunscripciones que ya habían obtenido anteriormente), aunque el rechazo del liderazgo del partido a apoyar la institución de «secciones negras» separadas para sus miembros de origen emigrante añadía a esto conflictos internos. Una mujer negra, elegida como candidata laborista por su circunscripción de partido, fue removida como candidata por el ejecutivo nacional por sus ofensivas puntualizaciones acerca de las actitudes «racistas» del partido (9). El electorado (y muchos periódicos) contemplaba la política del partido como peligrosamente radical y socialista: especialmente en las áreas de defensa nacional y seguridad, la economía, la regulación legal de los sindicatos y el control estatal de la industria. Algunos políticos laboristas (tal como el líder suplente, señor Hattersley, en un discurso en el mes de abril) (10) intentaron corregir ese

(6) *Sunday Times*, 10 de mayo de 1987.

(7) *Sunday Times*, 1 de marzo de 1987, basado en una encuesta Mori.

(8) *Sunday Times*, 8 de marzo de 1987.

(9) *The Economist*, 18 de abril de 1987, pág. 24; *The Times*, 30 de abril de 1987.

(10) *Sunday Times*, 5 de abril de 1987.

sesgo de la política laborista, acentuando su moderación y ponderación, pero las encuestas mostraron que ese mensaje no resultaba creíble. Dada la probabilidad de que el Partido Laborista no obtuviera suficientes escaños en las elecciones para formar gobierno en solitario, y dado el posible efecto desmoralizante de una tercera derrota sucesiva por el Partido Conservador, algunos políticos laboristas comenzaron a sugerir el fomentar el «voto táctico», mediante el cual la Alianza y el Partido Laborista podrían retirarse en circunscripciones donde el candidato del otro partido tuviera una gran posibilidad de derrotar al candidato conservador (11). La reacción del señor Kinnock, el líder laborista, fue rápida y sin compromiso: las habladurías sobre el voto táctico eran falsas y redujo la política electoral al nivel de las «máquinas de frutas» de las salas de juego (12).

El peor y más fundamental problema para el Partido Laborista al prepararse para las elecciones era el indudable cambio en las características sociales del electorado. La tradicional base de voto de las clases trabajadoras hacia los laboristas se desmoronaba en casi todas partes fuera de las viejas ciudades industriales del norte de Inglaterra y de Escocia. En 1987, en comparación con 1979, cuando la señora Thatcher ganó por primera vez las elecciones al Parlamento, el número de miembros de los sindicatos había caído de 13,3 millones a 9,7; el porcentaje de la población que poseía acciones en compañías había subido del 7 al 20 por 100; aquellos que poseían vivienda propia (muchas de ellas, casas anteriormente alquiladas por los municipios) se habían incrementado del 50 al 67 por 100; los que vivían en casas de alquiler administradas por los municipios habían disminuido de un 35 a un 27 por 100; el número de autónomos se había incrementado de 1,8 millones a 2,6 millones; los propietarios de coches y teléfono (indicadores de un estilo de vida de «clase media», incluso entre aquellos con ocupaciones de «clase trabajadora») se habían ambos incrementado considerablemente en el período del Gobierno conservador (13). Todos estos factores disminuían las oportunidades laboristas incluso de «mantener su propio» voto, más aún las de incrementarlo para retomar el poder.

A pesar de las crisis que hubieron de afrontar en sus cuatro años de

(11) Frank Field, un parlamentario laborista, fue uno de los más abiertos en su apelación a los votantes laboristas para que votaran tácticamente a favor del candidato de la Alianza en aquellas circunscripciones en las que los votos de los dos partidos combinados pudieran derrotar al candidato conservador, pero donde el candidato laborista probablemente no conseguiría el escaño (*The Times*, 24 de abril de 1987).

(12) *The Times*, 25 de abril de 1987.

(13) *Sunday Times*, 17 de mayo de 1987.

gobierno —tales como el asunto Westland, la huelga de los mineros (14) y problemas por la publicación de secretos gubernamentales— y la impopularidad de varias de sus medidas: en torno a la educación, la sanidad pública y el desempleo, por ejemplo, el Partido Conservador parecía de nuevo en condiciones de comenzar sus campaña con gran optimismo de permanecer en el Gobierno. La oposición estaba dividida y existían pocas evidencias de que la Alianza fuera lo bastante fuerte como para impedir que los conservadores obtuvieran una mayoría de escaños en la Cámara de los Comunes. El constante incremento en los porcentajes de entrevistados que se mostraban favorables al liderazgo de la señora Thatcher, la evidencia en las urnas de que los conservadores lo estaban haciendo especialmente bien en los «escaños clave», que habían de mantener para negar toda esperanza de victoria laborista (15), evidenciaba que muchos encuestados consideraban que el Partido llevaba a cabo la «mejor política» (el 36 por 100 en un muestreo de abril, en comparación con un 24 por 100 tanto de la Alianza como de los laboristas), una fuerte recuperación de la economía y los alentadores resultados de las elecciones locales de mayo: todo ello ofrecía a la primera ministra y a sus colegas razones para celebrar elecciones en junio, mejor que más adelante, cuando alguna nueva crisis o alguna mala noticia pudiera perjudicar la imagen del Gobierno.

Los conservadores pudieron también sentirse alentados con las encuestas que sugerían que, de resultar de las elecciones generales un «Parlamento oscilante», mayor número de seguidores de la Alianza preferirían apoyar antes un Gobierno conservador que un Gobierno laborista y también que la mayoría del electorado consideraba que resultaría negativo que de las próximas elecciones surgiera un «Parlamento oscilante» (16).

II. LAS ELECCIONES GENERALES

«La primera batalla crucial de las elecciones es la batalla por el segundo puesto» (17).

(14) Sobre el «asunto Westland», véase GEOFFREY K. ROBERTS: «Partidos y Parlamento en Gran Bretaña: 1986», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 57, julio-septiembre 1987, págs. 232-234; sobre la huelga de los mineros, véase GEOFFREY K. ROBERTS: «El Parlamento británico en 1985», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 52, mayo-junio 1986, págs. 272-273.

(15) DAVID BUTLER: «Asientos clave que ofrecen a los 'tories' un nuevo colchón electoral», en *The Times*, 18 de febrero de 1987.

(16) Una encuesta Mori, publicada en *The Economist*, 7 de marzo de 1987.

(17) *Sunday Times*, 17 de mayo de 1987.

De haber habido gente en mayo que pensara que los conservadores no pudieran ganar las elecciones con mayoría absoluta de escaños, muy pocos hubieran podido mantener esa opinión a primeros de junio, a mitad de camino de la campaña. Los muestreos uniformemente predecían una sustancial mayoría conservadora (18); el nivel de apoyo en las encuestas para los conservadores nunca bajaba del 40 por 100, mientras que el de los laboristas nunca indicaba más de un 37 por 100. La Alianza encontraba que el aumento esperado de apoyo, al igual que ocurrió en 1983, no se producía. El nivel de apoyo hacia la Alianza se mantenía lo suficientemente fuerte como para negar cualquier posibilidad de que el Partido Laborista ganara las elecciones, pero nunca llegó a ser lo suficientemente fuerte como para resultar una amenaza en muchas de las tradicionales circunscripciones conservadoras. «El efecto de tener una tercera fuerza política más fuerte en la política británica consiste no sólo en dividir a la oposición gubernamental, sino también en la oposición al Partido Laborista» (19). La Alianza esperaba reemplazar a los laboristas como la mayor alternativa partidista a los conservadores, ciertamente en término de votos, si no todavía en términos de escaños (debido a las peculiaridades del sistema electoral británico). El Partido Laborista consideró que en estas elecciones había de confirmar su posición como la única oposición creíble frente a los conservadores derrotando a la Alianza; de otro modo, un tercer período consecutivo en la oposición podría resultar a la larga una transferencia de apoyo hacia la Alianza como el único partido en condiciones de derrotar al Gobierno en las próximas elecciones generales. Un periodista comentaba: «El resultado de las elecciones puede decidir la configuración de la oposición británica tras las elecciones» (20).

La campaña fue una de las más sofisticadas —y ciertamente la más cara de las celebradas en Gran Bretaña—. Los programas electorales (*manifestoes*) tuvieron generalmente poca relevancia, excepto para revelar lo dividido que el Partido Laborista se encontraba en muchos aspectos de su política, especialmente en los campos de la política de defensa y de estrategia económica. Los factores clave de la campaña fueron las personalidades de los líderes de los partidos, el récord del Gobierno desde 1979, el capricho

(18) Un sondeo nacional publicado en el *Evening Standard* de 16 de mayo de 1987 daba a los conservadores un 18 por 100 de ventaja sobre los laboristas; una encuesta Mori en el *Sunday Times* de 7 de junio de 1987 mostraba que los conservadores tenían una ventaja de un 9 por 100 sobre los laboristas; el informe final de cada una de las grandes organizaciones de muestreo daba a los conservadores un 7-8 por 100 de ventaja (*The Times*, 13 de junio de 1987).

(19) GEOFFREY SMITH, en *The Times*, 12 de febrero de 1987.

(20) *The Guardian*, 20 de mayo de 1987.

de los votantes «indecisos» y —el espejo mágico que reflejaba e interpretaba todos ellos— la versión televisiva de la campaña.

El Partido Conservador contaba con los fondos más cuantiosos para la campaña: seis millones de libras esterlinas para su campaña central (a las que añadir las sumas gastadas en cada circunscripción). El presupuesto central laborista era de sólo tres millones y medio, pese a las generosas donaciones de los sindicatos. La Alianza disponía únicamente de dos millones de libras. Los conservadores, con 350 empleados con dedicación completa en las circunscripciones (*agents*); muchos más que los laboristas, que tenían sólo 69, y que la Alianza, con 60. Los conservadores contaban con más personal en los cuarteles generales del partido, más computadoras en las oficinas de las circunscripciones que los laboristas y la Alianza conjuntamente y más miembros que los otros partidos (excluyendo la afiliación sindical de los laboristas; véase *infra*). La única ventaja con la que parecía contar el Partido Laborista en su campaña era el número de «activistas» con los que podía contar: cerca de 200.000, frente a los 120.000 de los conservadores y 40.000 de la Alianza (21).

Junto con los tradicionales gastos en panfletos, mítines públicos, carteles y demás, los partidos gastaron más del doble del presupuesto de lo que habían gastado en 1983 en anuncios en la prensa. Los conservadores emplearon 3,5 millones de libras; los laboristas, 1,5, y la Alianza, 210.000 libras para ese propósito (22). La televisión, no obstante, fue el medio de comunicación líder en la campaña. Los partidos tenían prohibido contratar tiempo de publicidad en la radio y en la televisión (a diferencia de los Estados Unidos, por ejemplo), pero cada uno de los tres grandes partidos tenía asignados cinco programas de televisión, bajo su propio control con respecto al contenido y producción, cada uno de siete minutos (los pequeños partidos disfrutaban también de un número proporcional de programas). Cada partido, naturalmente, prestó una considerable atención a planificar los acontecimientos de la campaña de cara a conseguir una cobertura máxima en los programas de noticias de la televisión. Esto desembocó en una crítica creciente sobre la cualidad «artificial» de la campaña: «Muchas noticias electorales no eran noticias reales, porque es noticia lo que ha sido precisamente creado para la televisión. Informaban de acontecimientos que no hubieran tenido lugar de no haber estado las cámaras allí» (23). Otro comentarista escribió: «Las elecciones en televisión se usan como un medio de persuasión:

(21) *The Times*, 20 de mayo de 1987.

(22) *The Times*, 11 de junio de 1987.

(23) *The Times*, 2 de junio de 1987.

e incluso de manipulación más que de educación e información» (24). El único período en la campaña en el que el Partido Laborista tuvo fundamentos ciertos para el optimismo fue el período siguiente a un emocionante y hábil programa político a cargo de Neil Kinnock, cuyo foco eran sus cualidades personales, que recibió una aclamación crítica en la prensa (25).

Los intentos de los tres grandes partidos de usar correo computarizado dirigido a grupos de «votantes objetivo» (*target voters*) de cara a ganar apoyos y a conseguir dinero para la campaña —estrategia que se había utilizado antes de que la fecha de las elecciones hubiera sido anunciada (26)— tuvieron que abandonarse durante el período electoral a causa del miedo a que los tribunales pudieran declararlo como un medio ilícito de hacer campaña (27).

A pesar de la evidencia de que mucha gente se mostraba disconforme con propuestas específicas de la política del gobierno, había una elevada satisfacción general hacia los conservadores, alentada en marzo por el presupuesto, donde se había continuado con la política de reducir la imposición personal (28). El apoyo hacia el liderazgo de la señora Thatcher era el mayor factor en el alto grado de satisfacción para con el gobierno. Muchos votantes desconfiaban de las cualidades de líder del señor Kinnock y de su falta de experiencia. La primera ministra, astutamente, rechazó el desafío del señor Kinnock para celebrar un debate en directo cara a cara en la televisión, estimando que eso sólo podía ofrecer una ventaja al menos conocido y ofrecer credibilidad a su llamada para convertirse en un potencial primer ministro (29). La visita de la señora Thatcher a la reunión de Venecia de jefes de Gobierno en mitad de la campaña enfatizó más su *status* de actor importante en los asuntos internacionales.

La Alianza se veía perjudicada por la existencia de dos líderes: David Owen (socialdemócratas) y David Steel (liberales). Tras comenzar la campaña asistiendo a los mítines conjuntamente, estimaron que sería más efectivo hacer la campaña por separado. Los desacuerdos de los dos líderes sobre su

(24) RAYMOND KUHN: «Maestros del medio», en *The Times*, 12 de mayo de 1987.

(25) *Sunday Times*, 24 de mayo de 1987.

(26) *The Economist*, 21 de febrero de 1987, págs. 29-30, informaba que el 6 por 100 de los que habían recibido esas cartas habían contestado y que un 3 por 100 había enviado una donación.

(27) *Sunday Times*, 13 de mayo de 1987.

(28) *The Times*, 31 de octubre de 1987, recogiendo un estudio de *British Social Attitudes: the 1978 Report*, publicado por la Investigación del Plan Social y Comunal en Gower, Londres, 1987.

(29) *The Times*, 13 de mayo de 1987.

estrategia (especialmente en lo concerniente a qué partido debía la Alianza tratar de apoyar para formar gobierno en el caso de que hubiera un «Parlamento oscilante») y sobre política dieron una impresión de indecisión a la campaña de la Alianza.

Los conservadores comenzaron su campaña con una serie de anuncios en la prensa atacando el «manifiesto secreto» de los laboristas: nueve decisiones del Congreso del Partido Laborista que no se habían incluido en el programa porque —decía el Partido Conservador— podría atemorizar a potenciales votantes laboristas. Esos puntos incluían la remoción de los controles legales sobre la organización y el funcionamiento de los sindicatos, reducción en los gastos de defensa y un masivo incremento en el control estatal de la industria y el comercio (30). Después, más cercana a la elección misma, otra serie de anuncios en la prensa nacional elogiaba los logros del Gobierno en la reducción de la inflación y los impuestos, en incrementar los gastos en la sanidad estatal y en otras muchas áreas, finalizando con el mensaje: «Gran Bretaña es de nuevo grande. ¡No deje que los laboristas la arruinen!» (31). Los informes tras las elecciones, sin embargo, sugerían que la campaña conservadora no había funcionado llanamente en los días finales antes de las elecciones. En particular, hubo una cierta inquietud sobre si el Partido Laborista estaba reduciendo la brecha en el apoyo popular, tal como revelaban algunas encuestas electorales, y hubo disputas entre los que dirigían la campaña electoral conservadora buscando qué estrategia adoptar para responder a esto y sobre la responsabilidad por la publicidad (32).

Al final de la campaña, sólo dos cuestiones de interés quedaron sin respuesta. Una concerniente al número de la mayoría conservadora. Los comentaristas de la British Broadcasting Authority, sobre las bases de sus propias estimaciones, predijeron ya en la noche de las elecciones, justo antes de que se anunciaran los resultados de la primera circunscripción, que habría sólo una pequeña mayoría a favor de los conservadores, y otros comentaristas y políticos parecían reacios a creer que las encuestas pre-electorales, anunciando una amplia mayoría conservadora, fueran correctas. La otra cuestión concernía al futuro de los dos partidos de la oposición: «Esta vez puede suceder que la batalla real sea por el segundo puesto y la importancia real es la consecuencia para los laboristas y para la Alianza de otra victoria *tory*» (33).

(30) Por ejemplo, el aparecido en el *Sunday Times*, 24 de mayo de 1987.

(31) Como el aparecido en *The Times*, 7 de junio de 1987.

(32) Estos conflictos fueron recogidos por *The Times*, 13 de junio de 1987, y analizados más en profundidad por RODNEY TYLER: *Campaign: The Selling of the Prime Minister*, Grafton Books, Londres, 1987.

(33) *The Times*, 12 de mayo de 1987.

El resultado de las elecciones excedía las más optimistas esperanzas de los conservadores. Ellos obtuvieron una mayoría de 101 escaños sobre el resto de los partidos.

RESULTADO DE LAS ELECCIONES GENERALES
(11 DE JUNIO DE 1987)

	<i>Escaños</i>	<i>Votos (%)</i>
Conservadores	375	43
Laboristas	229	32
Alianza	22	23
Otros partidos	24	2

A pesar de llevar en el poder ocho años, a pesar de los cambios radicales que el Gobierno había llevado a cabo en la economía y en la sociedad (muchos de los cuales eran impopulares entre los sectores afectados de la sociedad) y a pesar de un simpático y atractivo nuevo líder en el Partido Laborista, los conservadores tenían sólo 17 escaños menos, y los laboristas sólo 21 escaños más, que los que habían tenido en 1983. Era el segundo peor resultado para los laboristas en su historia reciente y, a pesar de los desfavorables resultados de cara a sus esperanzas de lograr el «equilibrio de poder» y quizá ganando más votos que el Partido Laborista, el segundo mejor resultado que la Alianza o antes los liberales habían tenido desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

En algunas regiones del sur de Inglaterra y en las Midlands, los conservadores obtuvieron entonces mejores resultados que en 1983, y sólo en el norte de Inglaterra y en Escocia experimentaron los conservadores cambios en los votantes hacia el Partido Laborista.

Las encuestas publicadas en los periódicos habían dado ciertamente unos resultados muy cercanos a la realidad: sus porcentajes de error entre partidos oscilaba entre un 0,5 y un 1,5 por 100. Las erróneas previsiones de la BBC, que predijeron una mayoría de sólo 26 escaños para los conservadores, llevaron a ordenar una investigación interna sobre sus metodologías para realizar informes (34).

(34) *Sunday Times*, 21 de junio de 1987.

III. LAS CONSECUENCIAS DE LAS ELECCIONES PARA LOS PARTIDOS

«Sin un pacto con la Alianza, el Partido Laborista nunca podrá retornar al poder» (35).

Indudablemente, las elecciones habían tenido las más severas consecuencias para el Partido Laborista. Había conseguido un apoyo adicional entre jóvenes votantes, mujeres, desempleados y en Escocia y Gales (36). Había continuado perdiendo apoyo entre los miembros de los sindicatos (un muestreo condujo a la estimación de que sólo el 43 por 100 de los sindicalistas habían votado a los laboristas y el 29 por 100 lo habían hecho a los conservadores (37).

Los optimistas del Partido Laborista establecieron paralelos con 1959, cuando, de igual modo, el Partido Laborista sufrió su tercera derrota consecutiva en las elecciones generales, pero se recobró y ganó cuatro de las cinco siguientes elecciones generales. A diferencia de la situación, la derrota de 1983, nadie hablaba de la necesidad de encontrar un nuevo líder. Los pesimistas del partido pusieron en evidencia que sus perspectivas eran más correctas: el apoyo hacia el Partido Laborista se había reducido aún más según las encuestas tras las elecciones, cayendo entre un 10 y un 17 por 100 por detrás de los conservadores a finales de año (38) y, a largo plazo, el hecho de que la Alianza fuera el segundo partido en dos tercios de las circunscripciones ganadas por los conservadores en las elecciones generales significaba que los laboristas tenían todavía una enorme tarea si deseaban obtener una mayoría absoluta de escaños en las siguientes elecciones. Mientras algunos de los jóvenes, los miembros más dinámicos del liderazgo del partido, tales como Bryan Gould y Michael Meacher, confirmaron los llamamientos de Neil Kinnock después de las elecciones para reformar el partido haciéndolo atractivo para las mayorías y no sólo para las minorías (39), otros se mostraron reacios a cualquier sugerencia de que la «verdadera fe» del socialismo pudiera cues-

(35) *The Economist*, 15 de agosto de 1987, pág. 16.

(36) ROBERT WORCESTER: «Cambios y caídas que miden una victoria electoral arrolladora» («Swings and falls that spawned a landslide»), en *The Times*, 13 de junio de 1987.

(37) *The Independent*, 15 de junio de 1987.

(38) Por ejemplo, una encuesta Mori en el *Sunday Times*, 25 de octubre de 1987, daba a los laboristas sólo un 34 por 100, en comparación con el 50 por 100 de apoyo a los conservadores. Una encuesta Mori en *The Economist*, 5 de diciembre de 1987, daba a los conservadores el 50 por 100 y el 38 a los laboristas.

(39) *The Times*, 7 de julio de 1987.

tionarse. Semejante actitud hizo que un comentarista político sugiriera que: «Produce una profunda satisfacción ser un partido de oposición institucional...» (40). Algunos miembros del Partido Laborista comenzaron a discutir sobre si una reforma del sistema electoral no sería la mejor esperanza para poder reemplazar al gobierno conservador con una coalición de centro-izquierda, pero el Congreso del partido, en septiembre, rechazó esas ideas por una amplia mayoría. El líder suplente del partido, señor Hattersley, declaró que apoyar semejante cambio resultaría derrotista.

Hubo diversos diagnósticos acerca de los problemas de los laboristas (41), y su mensaje fue el mismo: el partido ha de huir de la amenaza de su extrema izquierda, desarrollar nuevas ideas y política más de acuerdo con los noventa que con los cincuenta y modernizar la estructura del partido.

El ala izquierda del partido se había hecho más fuerte en términos de representación parlamentaria. Podría también afirmarse que se había visto recompensada en los promedios de los resultados electorales de ciudades como Liverpool, donde había tenido el control del área local del partido (si bien el partido había obtenido muy pobres resultados en Londres, como resultado de una política de extrema izquierda por parte del gobierno municipal laborista). En las elecciones para la ejecutiva del partido, varios políticos del ala izquierda, incluido el señor Livingstone, resultaron elegidos. El señor Benn, uno de los líderes del ala izquierda del partido, organizó una conferencia en su circunscripción, a la que se dio una gran publicidad y a la que asistieron tanto de dentro como de fuera del Partido Laborista. En tanto políticos como Livingstone y Benn reciban publicidad como miembros del liderazgo del partido y en tanto traten de impedir la modernización de la política y de la imagen del partido, es probable que el partido pierda las elecciones generales.

En consecuencia, los planes del señor Kinnock para cambiar la estructura y organización del partido resultaban importantes. En particular, obtuvo el acuerdo del comité ejecutivo del partido para abrir el proceso de selección de candidatos a todos los miembros del partido, en lugar de confinarlo a pequeños (y a menudo dominados por la izquierda) comités, como había sucedido hasta el presente, donde tan sólo diez o veinte miembros determinaban quién sería el candidato (42). Se hicieron esfuerzos para incrementar el nú-

(40) EDWARD PEARCE: «Leading the laborious», en *Sunday Times*, 4 de octubre de 1987.

(41) Por ejemplo, BRYAN GOULD en el *Sunday Times*, 5 de julio de 1987; *The Economist*, 26 de septiembre de 1987.

(42) *The Times*, 16 de septiembre de 1987. En *The Economist*, 3 de octubre de 1987, pág. 28, se afirmaba que en una tercera parte de las circunscripciones menos

mero de afiliados individuales del partido (como contraste a los afiliados a través de los sindicatos), que habían descendido en los años recientes. Los cuarteles generales del partido habían de ser más eficientes. La modernización del partido significaba asimismo reexaminar las relaciones entre el partido y los sindicatos, quienes patrocinaban a 129 parlamentarios laboristas y quienes proveían gran parte de la financiación del partido y tenían la mayoría de los votos en los congresos del partido y en las elecciones a su ejecutiva a causa del largo número de afiliados mantenidos por los sindicatos. Sin embargo, se estimaba que eran dos veces los sindicalistas afiliados al partido que votaban laborista en las elecciones generales, y la imagen del partido como un «partido de los sindicatos» le perjudicaba en las elecciones (43). Estos cambios se vieron acompañados por revisiones mayores en la política, para lo cual el señor Kinnoch contaba con el apoyo entusiasta de una mayoría de delegados en el congreso del partido. Siete comisiones de reforma se formaron para este propósito. Cada uno contenía miembros femeninos, las cuales, conjuntamente, formaban una «comisión de coordinación de la mujer». El énfasis en las mujeres se derivaba en parte del deseo de asegurar que el Partido Laborista continuase ganando votos de las mujeres; especialmente estaban ahora dedicados a incrementar el número de mujeres votantes y de forma más amplia considerar el voto laborista.

Los partidos de la Alianza seguramente estaban tan disgustados con el resultado de las elecciones generales como lo estaba el Partido Laborista. En las circunscripciones donde la Alianza había tenido éxito, mayormente con candidatos del Partido Liberal más que con los del Partido Socialdemócrata, y el análisis de los resultados demostraba que el electorado de la Alianza era muy semejante a lo que había sido el electorado liberal antes de la formación de la Alianza: clase media, con ocupaciones profesionales, predominantemente rural, localizado en los territorios marginales de la nación (Gales, Escocia y sudeste de Inglaterra) y con pocos votantes de clase trabajadora entre ellos (44). Un editorial de *The Times* culpaba a la falta de coherencia y relevancia del programa electoral de la Alianza y a la pobre organización electoral de los resultados (45), pero destacados liberales y algunos destacados socialdemócratas como Shirley Williams y Roy Jenkins (ambos derrotados en las elecciones generales) echaban la culpa de los desfavorables

de treinta miembros del partido habían sido los responsables de seleccionar al candidato y en once circunscripciones menos de diez personas habían tomado parte en el proceso de selección.

(43) *The Times*, 30 de septiembre de 1987; *The Economist*, 18 de julio de 1987.

(44) *The Economist*, 20 de junio de 1987.

(45) *The Times*, 30 de junio de 1987.

resultados electorales a la existencia de dos partidos separados y presionaron para conseguir una fusión inmediata (46). Roy Jenkins admitió que él contemplaba el SDP meramente como un vehículo para llevar a cabo el realineamiento de la política británica (47).

Los que estaban a favor de una fusión se apoyaban en la evidencia de las encuestas electorales: de que el 80 por 100 de los que apoyaban a la Alianza y el 65 por 100 de todos los votantes consideraban que los dos partidos debían fusionarse (48). David Owen, el líder del SDP, y sin duda el más prominente y respetado de los líderes políticos de la Alianza, rehusó él mismo inequívocamente asociarse con la idea de una fusión (49), y el Comité Ejecutivo Nacional apoyó su rechazo en una votación 18-13 a finales de junio. Ello no suponía un obstáculo para que los miembros del partido fueran libres para opinar sobre este particular; Owen dimitió como líder y fue reemplazado por otro parlamentario del SDP, Robert Maclennan. A continuación de un Congreso del partido marcado por las recriminaciones y por amargos conflictos entre las facciones pro y antifusión, los miembros del SDP votaron en un escrutinio nacional a favor de emprender negociaciones para la fusión, con un 57 por 100 a favor frente a un 43 por 100 en contra. David Owen, junto a un pequeño número de otros parlamentarios del SDP, aseguró que él mantendría la existencia de un Partido Socialdemócrata tras la fusión y formó una «Campana por la Socialdemocracia» como preparación para ello. Su gran ventaja, además de su propia popularidad y reputación, radicaba en que los mayores financiadores de los socialdemócratas prometían no apoyar a un partido de fusión (50).

En septiembre, el Congreso del Partido Liberal estuvo menos marcado por los conflictos y se mostró más entusiasmado con la fusión. En el Congreso, Steel expresó su opinión de que la existencia de dos partidos y de dos líderes y el perjuicio hacia los electores producido por David Owen con respecto a asumir el «equilibrio de poder» y formar una coalición con los conservadores, habían sido causa de los pobres resultados de la Alianza. El Congreso votó 998 frente a 21 a favor de las negociaciones para la fusión (51). A finales de agosto, una encuesta mostraba que el 64 por 100 de los seguido-

(46) *Sunday Times*, 14 de junio de 1987; *The Independent*, 15 de junio de 1987.

(47) ROY JENKINS: «Mis razones para la fusión», en *The Times*, 16 de julio de 1987.

(48) *The Times*, 12 de junio de 1987.

(49) Por ejemplo, en una carta que se envió a todos los miembros del SDP: *Sunday Times*, 28 de junio de 1987.

(50) DAVID SAINSBURY y LESLIE MURPHY: «Este asesinato de los ideales a favor de la fusión», en *The Times*, 9 de julio de 1987.

(51) *The Times*, 18 de septiembre de 1987.

res de la Alianza entre el electorado se sumaba a la idea de una fusión y sólo el 27 por 100 estaba en contra de la misma (52). Tuvieron lugar las negociaciones entre los miembros de los dos partidos de cara a resolver un importante número de cuestiones: ¿cómo se elegiría al líder del partido fusionado?, ¿cómo serían sus relaciones con los socialdemócratas owenitas (y podría el nuevo partido presentar candidatos en las circunscripciones en el presente ocupadas por David Owen y sus colegas parlamentarios)?, ¿cómo se llevarían a cabo los programas políticos de la televisión y los acuerdos parlamentarios (tales como el comité de representación y portavoces en los debates) entre el nuevo partido y los socialdemócratas owenitas? (53). Todas estas discusiones tenían lugar cuando los estudios de opinión revelaban un desesperado declive de apoyo a favor de la Alianza: 17 por 100 en julio, 14 por 100 de finales de agosto a comienzos de noviembre y sólo un 12 por 100 en diciembre (únicamente la mitad del nivel de apoyo que en las elecciones generales de junio) (54).

El Partido Conservador tenía pocos problemas poselectorales. En el otoño se produjo un pequeño revuelo en la prensa cuando el señor Tebbit, que había sido el responsable de la organización de las pasadas elecciones, dimitió como presidente del partido (un puesto que le ofrecía la responsabilidad de dirigir la organización del partido fuera del Parlamento). La señora Thatcher deseaba proponer a lord Young, uno de sus ministros «senior» y consejero de confianza, para suceder al señor Tebbit, pero fue informada de que el partido no daría la bienvenida a un presidente que permanecería en su importante ministerio (el de Comercio e Industria) y que podría crear problemas en la presidencia en su importante función de solicitar a la industria donaciones para el partido, dado que el ministro tendría relaciones legales en relación con algunas de las empresas que contribuirían con el partido. Lord Young dejó claro que él no dimitiría voluntariamente de su puesto ministerial, de modo que la señora Thatcher eligió a un ministro «junior», el señor Peter Brooke, como presidente en su lugar (55).

Por otra parte, los resultados de las elecciones habían alentado al partido, y en octubre el Congreso del partido adoptó una serie de propuestas políticas radicales para los próximos cuatro años: incluyendo la reforma del

(52) *Sunday Times*, 30 de agosto de 1987.

(53) Acerca de los programas sobre partidos políticos, véase *The Independent*, 24 de diciembre de 1987.

(54) Encuestas Mori, en *Sunday Times*, 5 de julio de 1987; *Sunday Times*, 30 de agosto de 1987; *The Economist*, 5 de diciembre de 1987.

(55) *Sunday Times*, 18 de octubre de 1987; *The Times*, 3 de noviembre de 1987; *The Economist*, 7 de noviembre de 1987.

sistema de financiación municipal, una nueva y fundamental serie de leyes sobre educación y universidades y la continuación de una política económica orientada al libre mercado. El señor Lawson, el canciller del Tesoro, dijo en una conferencia: «En lo que estamos ocupados es en una más radical extensión de la libertad y la elección de la gente...» (56). El Gabinete reestructurado incluía como secretario de Estado para la Energía al señor Parkinson, un anterior presidente del partido que había dimitido del Gobierno en 1983 a causa del escándalo concerniente a sus relaciones con su secretaria, y varios jóvenes ministros promovidos a importantes ministerios, como John Moore, el nuevo secretario de Estado para la Sanidad y los Servicios Sociales (57).

Las encuestas poselectorales continuaban mostrando un masivo apoyo a los conservadores (más del 50 por 100 en algunas encuestas) y para el liderazgo de la señora Thatcher: los mejores resultados en cincuenta años por un período, cuando la popularidad de un gobierno normalmente declina con respecto a los niveles de las elecciones generales (58). Sin embargo, los muestreos pusieron de manifiesto una polarización «norte-sur» entre el electorado que ya habían revelado las elecciones. En un informe en octubre, en el sur de Inglaterra, los conservadores tenían una ventaja sobre los laboristas de 61 a 23 por 100 (Alianza: 15 por 100), pero en el norte (incluida Escocia) los laboristas tenían una ventaja de un 52 por 100 frente al 35 por 100 de los conservadores (Alianza, 9 por 100) (59). Al haber tenido los peores resultados en las circunscripciones escocesas en unas elecciones generales desde hace cincuenta años, los conservadores prestaron especial atención a mejorar la organización del partido en Escocia, ofreciendo a los conservadores escoceses autonomía financiera e incrementando los niveles de personal en los cuarteles generales del partido en Edimburgo, así como proporcionando más agentes a tiempo completo (60).

IV. LA AGENDA PARLAMENTARIA

Los continuos asuntos del Parlamento estuvieron marcados en los primeros seis meses de 1987 por la expectativa de las elecciones generales y, una

(56) *The Times*, 9 de octubre de 1987.

(57) *The Independent*, 15 de junio de 1987; *The Economist*, 20 de junio de 1987.

(58) DAVID BUTLER: «Luna de miel y media», en *The Times*, 1 de diciembre de 1987.

(59) Una encuesta Mori en el *Sunday Times*, 4 de octubre de 1987.

(60) *The Times*, 28 de agosto de 1987.

vez concluidas las mismas, por la necesidad de todos los partidos de adaptarse a la perspectiva de, al menos, cuatro más de gobierno conservador.

A causa de los inequívocos resultados de las elecciones generales, el tercer período en el Gobierno de la señora Thatcher seguramente produciría al menos tanta legislación radical (y, por consiguiente, controvertida) como la llevada a cabo en sus primeros dos períodos de mandato. No hubo sorpresas, en consecuencia, cuando en el «discurso de la Reina» (*Queen's speech*) (en realidad, una declaración del Gobierno sobre el programa previsto) que abrió la primera sesión del recién elegido Parlamento, prometía la introducción de nada menos que 17 propuestas legislativas sólo para los primeros años: incluyendo un nuevo sistema de imposición municipal (basado en una cuantía igual de impuestos para todos más que en el valor declarado de casas, apartamentos, hoteles, tiendas, fábricas y otros edificios); una más amplia reestructuración del sistema educativo, incluyendo escuelas y universidades; nuevas medidas para la reforma sindical, para extender la legislación que ya había pasado por el Parlamento a partir de 1979; así como la firme determinación de limitar los gastos de la Comunidad Europea en excedentes agrícolas (61). Desde luego, tomaría mucho tiempo hasta que muchas de estas iniciativas se llevaran al Parlamento; entre tanto, aquellas que se sometieran en el otoño no irían al debate y decisión de la Cámara de los Comunes, sobre su aceptabilidad, hasta 1988. Hubo, en consecuencia, menos asuntos parlamentarios importantes que de habitual a lo largo de 1987.

Incluso aunque no hubiera habido unas elecciones generales, la economía habría sido la principal ocupación del Parlamento. Sin embargo, la perspectiva de los comicios confirió al presupuesto anual una especial importancia. El canciller del Tesoro dio un paso más en la dirección del «objetivo» del Gobierno de una tasa uniforme en el impuesto sobre la renta de 25 peniques por libra (62). En 1987 pudo reducir la tasa a 27 peniques por libra. La deuda estatal (que afectaba las tasas de interés, los índices de inflación y las inversiones) se redujo de siete billones de libras a cuatro billones. El incremento anual normal en impuestos sobre el consumo sobre bebidas alcohólicas, tabacos, gasolina, licencias de automóviles y supuestos similares, inespereadamente, no se produjo. La reacción de los partidos de la oposición era predecible. El señor Kinnock, líder de la oposición, lo llamó «presupuesto de soborno», que ignoraba las necesidades de una economía nacional eficiente. «Era un presupuesto que tenía poco que ver con el bienestar general, y completamente relacionado con las elecciones generales» (63). Prometió que, si

(61) *The Times*, 26 de junio de 1987.

(62) Promesa repetida por el canciller en abril: *The Times*, 30 de abril de 1987.

(63) *The Times*, 18 de marzo de 1987.

el Partido Laborista ganaba las elecciones generales, la reducción de la tasa uniforme se cambiaría, sobre la base de que no podía permitírsele una economía con tanto desempleo y en la que los servicios sociales estaban infra-dotados. Esta promesa, indudablemente, persuadió a muchos votantes indecisos (quienes ya se habían beneficiado de impuestos más bajos) a no votar a los laboristas en las elecciones (Bryan Gould, director de la campaña laborista, reconoció después de las elecciones que la reducción de los impuestos había resultado popular, pero estimaba que el Partido Conservador los había utilizado para «comprar» las elecciones a través de la utilización de impuestos sobre la producción del Mar del Norte para pagarlos) (64). La primera ministra respondió a las amenazas del señor Kinnock de invertir las reducciones en el impuesto sobre la renta acusando al Partido Laborista de no confiar en cómo el electorado gastaría su dinero (65).

Ciertamente, la tendencia económica sugería que el Gobierno podría acometer la reducción de los impuestos directos. La economía crecía de forma alentadora: las previsiones de la tasa de crecimiento de un 3 por 100 en el período del presupuesto se incrementaron a unas previsiones de un 4 por 100 en el otoño (66). Las cantidades agregadas de imposición se incrementaron a pesar de las reducciones en la tasa uniforme del impuesto sobre la renta a causa del incremento en ganancias y beneficios. Quizá aún más significativo: las estadísticas de desempleo resultaban alentadoras: hacia noviembre el índice de desempleo había caído por debajo del 10 por 100 por primera vez en cinco años (67).

El mito —creído por los que lo apoyaban tanto como por sus críticos— de que el Gobierno estaba reduciendo la proporción de gasto público en el sector público y de que estaba reduciendo el papel del Estado, necesitaba de corrección. Tal como escribió un comentarista: «Para nadie convencido del libre mercado posee este Gobierno un fuerte desacuerdo. Ha prometido tanto y ofrecido tan poco» (68). El Gobierno, añadía, todavía subvenciona enormemente a agricultores, viajeros de ferrocarril y otros intereses especiales. Cuando ha tratado de introducir fuerzas más orientadas hacia el mercado, se ha retraído a causa de las presiones de la oposición sobre préstamos a estudiantes de universidad y de institutos superiores (en lugar de becas), permiso para que las tiendas abran los domingos y otras materias. Lo más

(64) *The Sunday Times*, 21 de junio de 1987.

(65) *The Times*, 20 de marzo de 1987.

(66) *The Times*, 4 de noviembre de 1987.

(67) *The Times*, 13 de noviembre de 1987.

(68) ANDREW GAMBLE: «Gran confusión en la forma de actuar», en *The Times*, 7 de julio de 1987.

significativo, el Gobierno aún gasta más en sus programas que lo que había hecho en 1979 al subir al poder. En efecto, un informe oficial sobre gasto público realizado en enero mostraba que el Gobierno estaba gastando un 14 por 100 más en términos reales (tras reconocer la inflación) que en 1979, sobre todo a causa de los incrementos en la defensa nacional, medidas legales y de orden (tales como policía) y políticas relacionadas con el desempleo (69).

Diversos asuntos relativos a servicios sociales (especialmente sanidad y educación) ocuparon la atención del Parlamento a lo largo del año, en especial porque los partidos de la oposición contemplaban este área como una en las que el Gobierno era más vulnerable a las críticas y más probable que perdiera apoyo en favor de la oposición en las elecciones generales. El Partido Laborista —alentado por encuestas que sugerían que una mayoría de votantes consideraba el servicio sanitario como prioritario y que estaban dispuestos a pagar tasas extras para proveer más dinero para la Seguridad Social Nacional— trató de forzar al Gobierno a incrementar los gastos, especialmente en relación con gastos de hospitalización e incremento de salarios de las enfermeras. Los líderes del Partido Laborista pensaban que este asunto podría beneficiarles en la campaña electoral de su partido. El Gobierno respondió probando con evidencias estadísticas que los conservadores habían incrementado fuertemente los gastos de la sanidad nacional. En la sesión final del tiempo de preguntas antes de la disolución del Parlamento previa a las elecciones generales, la señora Thatcher respondió a una pregunta de un parlamentario laborista concerniente a los fondos del servicio sanitario, señalando que, en 1979, se habían destinado 7,75 billones de libras a Sanidad, y en 1987 la suma destinada fue de 21 billones (70). Los argumentos se sucedieron después de las elecciones, e incluso algunos parlamentarios conservadores presionaron al Gobierno para que incrementara los gastos de Sanidad, especialmente porque se estaban consiguiendo muchos ingresos extra en impuestos debido a una boyante economía y porque casos hechos públicos de niños con graves dolencias de corazón debían esperar largo tiempo antes de ser operados a causa de la escasez de enfermeras cualificadas (71).

Un interesante tema relacionado con la Sanidad que atrajo la atención del público y de los medios de comunicación sobre el Parlamento fue la propuesta de restringir las posibilidades de abortar después de dieciocho sema-

(69) Sobre la cuestión de los niveles de gasto público desde 1979, véase también DENNIS KAVANAGH: *Thatcherism and British Politics: The End of Consensus?*, Oxford University Press, Oxford, 1987, especialmente págs. 212-245 y 301-303.

(70) *The Times*, 15 de mayo de 1987.

(71) *The Independent*, 27 de noviembre de 1987.

nas de embarazo. Esto se introdujo por David Alton, un católico romano parlamentario liberal, como propuesta de ley de un parlamentario individual (es decir, una propuesta no patrocinada por el Gobierno). El señor Alton había resultado agraciado con un tercer puesto en la «lotería» anual en la que los parlamentarios que no formaran parte del Gobierno o de la oposición «senior» podían tener posibilidades de introducir propuestas legislativas. Su propuesta estimuló una entusiástica actividad de los grupos de presión, tanto en aquellos favorables a su propuesta (muchos de los cuales eran absolutamente contrarios al aborto en cualquier caso) como en los contrarios a la misma. Aunque esta propuesta no terminará su curso parlamentario hasta 1988, tuvo lugar una gran discusión y persuasión informal durante los meses de noviembre y diciembre, especialmente en cuanto que esta propuesta concernía a las opiniones éticas de los parlamentarios, allí donde las lealtades partidistas y la disciplina de partido no tienen relevancia.

Asimismo atrajo la atención del Parlamento una miscelánea de otras materias. Los intentos del Gobierno para obtener una prohibición legal de las memorias de un antiguo agente de los servicios de inteligencia, Peter Wright (publicadas en un libro titulado *Spycatcher*), produjo cuestiones y debates sobre la admisibilidad de aplicar la legislación sobre secretos a tales casos y contemplar las revelaciones realizadas por el señor Wright en su libro sobre la utilización por los gobiernos de los servicios de inteligencia para espiar a miembros de los partidos de oposición (72). Los intentos para limitar los gastos de una Europa comunitaria cercana a la bancarrota provocaron preguntas y discusiones a todo lo largo del año. La actitud crítica de la Cámara de los Comunes hacia la política agrícola comunitaria reforzó la determinación del Gobierno de no proporcionar fondos adicionales para la Comunidad Europea hasta que se hubiera realizado una revisión radical de la política agrícola comunitaria con el acuerdo de todos los Estados miembros (73). El problema irlandés continuó ocupando gran parte del tiempo parlamentario. El antiguo líder del (ahora abolido) Consejo del Gran Londres, el señor Ken Livingstone (laborista), quien había resultado elegido para el Parlamento en junio por primera vez, utilizó su «discurso inaugural» para pedir una retirada de las fuerzas militares británicas de Irlanda del Norte (74). Esto molestó al señor Kinnock por dos razones: resultaba contrario a la política de la oposición

(72) Consúltese, por ejemplo, *The Times*, 28 de abril de 1987.

(73) Por ejemplo, el comunicado de sir Geoffrey Howe (Secretaría Exterior) en la Cámara de los Comunes (*The Times*, 19 de marzo de 1987).

(74) *The Times*, 9 de julio de 1987. Un «discurso inaugural» (*maiden speech*) es el primer discurso de un miembro del Parlamento tras su primera elección para la Cámara de los Comunes.

sobre Irlanda del Norte y estaba en contra de la tradición parlamentaria de que los «discursos inaugurales» resultaran no controvertidos. La «atrocidad de la matanza de inocentes» de 8 de noviembre, cuando una bomba colocada por el Ejército Republicano irlandés mató e hirió a numerosas personas durante un servicio religioso en memoria de los caídos durante las dos guerras mundiales, provocó una serie de preguntas en la Cámara de los Comunes sobre la seguridad en Irlanda del Norte y levantó nuevas cuestiones acerca del aún controvertido Acuerdo anglo-irlandés (75).

V. PROCEDIMIENTO Y ORGANIZACION PARLAMENTARIAS

Uno de los hechos más significativos en el Parlamento durante 1987 fue el desarrollo y maduración del sistema de comisiones especiales (76). Estas comisiones siguieron adquiriendo influencia y *status* dentro del sistema británico de gobierno parlamentario, un rango e influencia reflejados en la competencia entre parlamentarios para formar parte de estas comisiones al volverse a reunir el Parlamento tras las elecciones generales. Los conservadores, por ejemplo, poseían 88 plazas para cubrir estas comisiones, pero casi 200 parlamentarios quisieron ser nombrados. Varios antiguos ministros fueron los más deseosos de obtener las plazas: la Comisión de Asuntos Exteriores incluyó entre sus miembros a dos antiguos ministros conservadores y a dos laboristas. A los parlamentarios que habían formado parte de comisiones antes de las elecciones, pero cuya asistencia a las reuniones de las mismas hubiera sido escasa, se les negó su denominación: una sanción que podría alentar al resto de los miembros a asistir con regularidad (77). Se discutió la idea de televisar las sesiones de algunas de estas comisiones, lo que constituía una prueba más de su creciente importancia (78).

Paradójicamente, fue la importancia de estas comisiones lo que produjo el extremadamente largo retraso en su reconstitución tras las elecciones. Existían varios problemas al respecto:

— El nombramiento de presidente, especialmente cuando los encargados

(75) Sobre el Acuerdo anglo-irlandés, véase GEOFFREY K. ROBERTS: «Partidos y Parlamento en Gran Bretaña: 1986», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 57, julio-septiembre 1987, pág. 277.

(76) Acerca del sistema de comisiones especiales, véase GEOFFREY K. ROBERTS: «El Parlamento británico en 1981», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 25, enero-febrero 1982, pág. 190.

(77) *The Times*, 6 de noviembre de 1987.

(78) *The Times*, 5 de marzo de 1987.

del partido (los *whips*) querían imponer un nuevo presidente (alguien que anteriormente no hubiera sido miembro de la comisión) en una comisión en contra de los deseos de sus miembros, quienes preferían elegir a alguien con experiencia en los trabajos de la comisión (79);

— la composición de la Comisión escocesa, a causa de un pequeño número de parlamentarios conservadores de las circunscripciones escocesas susceptibles de ser miembros tras las elecciones y la necesidad asimismo de mantener una mayoría conservadora en todas las comisiones (80);

— el intento de la directiva del Partido Laborista de nombrar miembros de la Campaña por el Desarme Nuclear para la Comisión de Defensa (81);

— y la oposición de miembros que llevaban largo tiempo en estas comisiones a la interferencia por parte de los responsables de partido en el procedimiento de nombramiento (82).

Como consecuencia, fue casi seis meses después de las elecciones cuando las comisiones pudieron recomenzar su labor, seis meses de inactividad durante los cuales hubo que abonar sus salarios al personal de las comisiones. Esta costosa e inútil dilación provocó que la Comisión de Coordinación (que coordinaba el trabajo de las comisiones) insistiera en que eso no debería ocurrir y que sería preferible que los acuerdos para el nombramiento de los miembros de las comisiones se desarrollaran antes de las próximas elecciones generales (83).

La importancia de estas comisiones vino también confirmada por un artículo de periódico escrito por un antiguo ministro. Aunque, al contrario de las comisiones en el Congreso de los Estados Unidos, por ejemplo, las comisiones británicas no poseen ninguna facultad legislativa o ejecutiva, escribió, «una gran ventaja de la discusión en las comisiones esenciales es que son calmadas, racionales y no son de política de partido... Con más amplios poderes y más recursos, y más tiempo que les dedicaran sus miembros, podrían funcionar aún mejor» (84).

Un informe de una de estas comisiones (concerniente al procedimiento parlamentario) tenía una relación directa con el trabajo de los parlamentarios. Recomendaba intervalos fijos en el programa parlamentario para Navidades, Pascua y vacaciones de primavera, con una fecha prefijada para el

(79) *The Times*, 19 de noviembre de 1987.

(80) *The Times*, 10 de noviembre de 1987.

(81) *The Times*, 5 de noviembre de 1987.

(82) *The Times*, 2 de diciembre de 1987.

(83) *The Times*, 10 de noviembre de 1987.

(84) NORMAN ST. JOHN STEVAS: «El caso de los perros guardianes desaparecidos», en *The Times*, 10 de noviembre de 1987.

comienzo de la larga pausa estival. En la actualidad, tales intervalos dependían de su calendario y número de los asuntos legislativos que hubiera que tratar. No resulta sorprendente que los responsables tanto del Partido Conservador como del Laborista se opusieran a esta reforma, invocando que se le privaría al Gobierno de una plausible flexibilidad (85).

En enero, un asunto controvertido fue el incremento en los salarios de los parlamentarios. En contra de los deseos del Gobierno (que deseaba sentar un ejemplo de bajo incremento para los empleados en sus ocupaciones), el sueldo de un parlamentario se incrementó a 18.500 libras esterlinas, junto con 21.100 libras adicionales para pagar la asistencia de investigación y secretariado. En comparación, los miembros del legislativo en la República Federal Alemana reciben 34.600 libras más 20.700 para asistencia y en Italia 36.300 libras más 12.100 para asistencia (86). En el futuro, los sueldos de los parlamentarios se equipararían a las escalas salariales de los funcionarios; así se evitarían los enojosos debates que se producían en la Cámara de los Comunes cada vez que se discutían los niveles salariales.

La Cámara de los Lores —cuyos miembros no reciben ningún sueldo (a menos que sean ministros del Gobierno) y únicamente muy pequeñas subvenciones— estaban más interesados en la excesiva cantidad de trabajo que en los sueldos. En 1986, la Cámara de los Lores había estado reunida cuatro semanas más que la Cámara de los Comunes para completar los debates legislativos que provenían de la Cámara Baja. La Cámara de los Lores intentó persuadir al Gobierno para que omitiera al menos una de las propuestas legislativas previstas para el programa 1987-88, desde el momento en que calculó que tendría que conocer al menos once proyectos importantes entre febrero y julio de 1988 (87). Las estadísticas publicadas en 1987 mostraban que, en 1985-86, el promedio de duración de una sesión de la Cámara de los Lores era de siete horas veintiún minutos, con noventa y tres reuniones a lo largo del período que se prolongaron más allá de las diez de la noche. La media de asistencia diaria era de 317 (teóricamente 1.171) miembros (88). Sin embargo, se rechazó una sugerencia de la comisión interpartidos de la Cámara de los Lores para que se limitaran las intervenciones. No obstante, sí hubo acuerdo para que sus miembros procuraran limitar sus intervenciones a un máximo de quince minutos (89).

Aunque constitucionalmente existía una paridad en el procedimiento

(85) *The Times*, 10 de febrero de 1987.

(86) *The Economist*, 10 de enero de 1987, pág. 24.

(87) *The Times*, 4 de noviembre de 1987.

(88) *The Times*, 2 de febrero de 1987.

(89) *The Times*, 28 de agosto de 1987.

parlamentario, la Cámara de los Lores es una institución menos costosa que la Cámara de los Comunes. En 1987 se supo que el coste de la Cámara de los Lores había sido de 3,2 millones de libras al año, mientras que el de la Cámara de los Comunes ascendió a 34,9 millones de libras (90).

Los problemas de disciplina de nuevo se sucedieron a lo largo del año. Uno de los más notorios incidentes ocurrió en noviembre, cuando un parlamentario laborista fue suspendido por llamar mentirosa a la primera ministra, a causa de las declaraciones que ella hizo en relación con el asunto *Westland*. Un amplio número de parlamentarios laboristas votaron en contra de la suspensión de su colega, lo que puso en dificultades al señor Kinnock y le hizo vulnerable a las acusaciones de condonar la conducta imparlamentaria de miembros de su partido (91). Algunos parlamentarios conservadores trataron de proponer una moción por la cual se penalizaría a los partidos cuyos miembros mostraran conductas impropias en el Parlamento, reduciendo la cantidad que los partidos recibían de la Cámara de los Comunes para su trabajo en el Parlamento; sin embargo, la moción no se sometió a debate (92).

Un informe político señalaba tres causas de esa indisciplina: las frustraciones a las que se enfrentaban los miembros de la oposición, durante un tercer período legislativo, con una invencible mayoría gubernamental; la abierta antipatía personal que existía entre la señora Thatcher y el señor Kinnock, que se reflejaba en sus colegas; y la incesante brecha entre las ideologías del Gobierno y del Partido Laborista: «... los partidos están tan lejos como nunca lo han estado» (93). El propio *speaker* trató en la radio de los procedimientos de la Cámara de los Comunes por algunos problemas de disciplina, aduciendo que se daba una impresión falsa y parcial del grado y frecuencia de los desórdenes en la Cámara de los Comunes (94).

VI. CONCLUSION: ¿UNA NUEVA CRISIS DEL SISTEMA PARLAMENTARIO?

«Para la salud de su democracia, Gran Bretaña necesita una fuerte oposición a los *tories*» (95).

(90) *The Times*, 17 de febrero de 1987.

(91) *The Times*, 13 y 14 de noviembre de 1987.

(92) *The Independent*, 27 de noviembre de 1987.

(93) ROBIN OAKLEY: «Los honorables pendencieros», en *The Times*, 14 de noviembre de 1987.

(94) MARK LAWSON: «Mantener su Cámara en orden», en *The Independent*, 24 de diciembre de 1987.

(95) *The Economist*, 31 de enero de 1987, pág. 18.

Después de las elecciones, resultaba obvio que la función de la oposición en el Parlamento al Partido Conservador podría venir por tres cauces. Los partidos de la oposición podrían, desde luego, intentar criticar, retrasar y derrotar propuestas del Gobierno. Sin embargo, como las primeras secciones de esta crónica han mostrado, tanto los laboristas como los partidos de la Alianza tenían sus intereses poselectorales en ellos mismos, su moral era baja y las oportunidades de oponerse al Gobierno en aspectos cruciales de su programa aún estaba lejos. Era de esperar también, con tan segura mayoría de votos a favor del Gobierno en la Cámara de los Comunes, que los conservadores se sintieran menos cohibidos para criticar a sus propios ministros, particularmente en materias que pudieran afectar a sus propias circunscripciones. Tal «oposición interna» podría reforzarse por el creciente número de antiguos ministros (tales como el señor Heseltine, quien dimitió como secretario de Estado para la Defensa a causa del asunto *Westland*; el señor Biffen, anterior líder de la Cámara de los Comunes, es decir, director del partido en el Parlamento, y el señor Heath, antiguo primer ministro) que eran todavía miembros del Parlamento, pero no tenían en la actualidad esperanzas de detentar ningún cargo con la señora Thatcher, y esto les hacía sentirse libres para abordar una crítica hacia su política. La tercera fuente de oposición sería la Cámara de los Lores: «Ellos tienen probablemente que ser particularmente rigurosos si la oposición en los Comunes no resulta efectiva y la legislación es complicada» (96), debido a la experiencia entre los miembros de esa Cámara. Incluso los ministros del Gobierno admitían que la ausencia de oposición no era algo beneficioso para el Gobierno y que era especialmente perjudicial para la democracia.

Provocaron interés otros aspectos del trabajo y organización de la Cámara de los Comunes. El fracaso para permitir la retransmisión de sus asuntos (varios años después de que la Cámara de los Lores hubiera introducido la televisión en su ámbito) era una materia que lamentaban muchos parlamentarios. Se formó una comisión interpartidos para examinar los problemas relacionados con la retransmisión de los asuntos parlamentarios y las vías para superar las dificultades a través de una investigación en comisiones, por ejemplo (97). El volumen de trabajo parlamentario había también crecido tremendamente, de forma que, mientras que en 1977-79 anualmente pasaba un promedio de 1.401 páginas de legislación, en 1984-86 pasaron 2.984 pá-

(96) *The Times*, 26 de junio de 1987.

(97) *The Times*, 26 de marzo de 1987. De hecho, en febrero de 1988 hubo una votación favorable a introducir la televisión en la Cámara de los Comunes, con un resultado de 318 votos favorables frente a 264 en contra (*The Times*, 11 de febrero de 1988).

ginas, lo que indicaba cuánto más compleja era la legislación (98). El hecho de que la Cámara de los Comunes sea uno de los más amplios legislativos del mundo (en términos de número de miembros) no significa que el trabajo se divida proporcionalmente. Una estimación indica que cada uno de los 650 miembros habla un promedio de cuatro veces al año. La Comisión de Asuntos Internos recomendaba que el número de miembros no debería jamás, bajo ninguna circunstancia, subir por encima de 650 (99). Tal como estaba, cada parlamentario representaba sólo una media de 86.000 electores, mientras que los miembros de la Asamblea Nacional francesa representaban una media de 150.000 (100).

Los próximos cuatro años supondrán un nuevo esfuerzo para el sistema parlamentario británico. A no ser que al menos un partido de la oposición recobre su unidad y recobre el apoyo electoral antes de las próximas elecciones, se levantarán cuestiones acerca de la naturaleza democrática de un Parlamento en el cual un partido —que ha obtenido poco más de la mitad de los votos en las elecciones generales— aparezca ostentando el monopolio del poder gubernamental. Quizá —paradójicamente— la presión a favor de la reforma electoral provenga no de un Gobierno que carece de mayoría, sino de uno demasiado dominante.

(Traducción de ASCENSIÓN ELVIRA.)

(98) *The Times*, 22 de octubre de 1987.

(99) *The Times*, 5 de febrero de 1987.

(100) *The Times*, 15 de mayo de 1987.